

La isla de los olvidados

Los rapanúis quieren conocer la libertad. La Isla de Pascua, a 3,700 kilómetros de la costa, en el extremo sur del continente, es el único territorio colonial de Iberoamérica. Pero los indígenas no se sienten americanos, ni de Chile, a donde pertenecen. Sus ancestros llegaron de Polinesia y por casi cinco siglos han padecido la dominación exterior. Quieren ser independientes, aunque los culpen de xenofobia, porque rechazan a todo extraño. **TEXTO Y FOTO: TÉMORIS GRECKO**



La isla es un lugar famoso por el misterio de las moai, las grandes esculturas de piedra levantadas por los antiguos

La Isla de Pascua pertenece a Chile y, al llegar, el latino espera encontrarse en un lugar familiar. Equivocación. Lo reciben con "ioranas" en lugar de "holas" y los isleños, cuando se refieren a quien viene de cualquier otro lugar del país, lo llaman "conti" (de continental) si quieren ser amables, y "chileno", si prefieren mostrar su desagrado.

No les gusta ser conocidos como pascuenses, porque el nombre tradicional de su isla es Rapa Nui y ellos y su idioma propio son, por lo tanto, rapanúis.



FOTO: AFP

Y no quieren saber nada de que se los considere latinoamericanos, ¿de dónde sale eso si los ancestros vinieron en canoas desde la Polinesia? Sus primos son los maoris neozelandeses y los tahitianos, gente del Pacífico, no los mapuches ni los quechuas de los Andes, y los espíritus oceánicos que los protegen nada tienen que ver con la Pachamama y los dioses amerindios.

Para los rapanúis es una distinción trágica que el único territorio colonial de un país iberoamericano sea el de ellos. Así se consideran: colonizados, conquistados por Chile. "Por eso pedimos la independencia", dice Erity Teave, miembro del no reconocido Parlamento Rapa Nui.

Esclavismo y anexión

Ésta es una cara desconocida de un lugar famoso por el misterio de las moai, las grandes esculturas de piedra levantadas por los antiguos y derribadas por ellos mismos. "Yo no me siento chilena, aquí nadie se siente chileno y no tienen por qué obligarnos a ser chilenos". Así piensa Tiare Tuki, una estudiante de 17 años. "¡El mundo no lo sabe y a los visitantes como tú les parece rarísimo!". Pero no debería sorprender. La terrible historia del contacto de Rapa Nui con la civilización occidental, y en particular del que tuvo con América Latina, expresa con elocuencia por qué los nativos tienen todos los motivos para desconfiar de los contis.

La isla es uno de los sitios más aislados del mundo, a 3.700 kilómetros de la costa sudamericana. Cuando los navíos europeos empezaron a llegar, en 1722, los rapanúis ya estaban desgastados

tras más de un siglo de violencia. Los barcos balleneros se detenían a buscar vegetales y violar mujeres y su único aporte fueron enfermedades venéreas desconocidas para los indígenas. En 1808, un navío estadounidense, el Nancy, atacó Rapa Nui y, tras una batalla sangrienta, capturó a 12 hombres y 10 mujeres, a quienes pretendía llevar a las islas de Juan Fernández convertidos en esclavos. A los tres días de navegación, las víctimas consiguieron escapar y saltaron por la borda, en un intento suicida de regresar a nado.

Los nativos perdieron toda confianza y recibieron con hostilidad a los siguientes visitantes, quienes en respuesta los cazaban a disparos, a veces por deporte. Lo peor estaba por venir, apenas: los peruanos que explotaban depósitos de guano (excremento de aves que se usaba como fertilizante) estaban padeciendo escasez de mano de obra. A partir de diciembre de 1862, barcos de esa bandera llegaron a secuestrar isleños, hasta sumar unos dos mil, que fueron convertidos en esclavos. El maltrato, el exceso de trabajo y las enfermedades acabaron con el 90 por ciento de ellos en dos años. El obispo de Tahití hizo una protesta pública y el gobierno peruano envió de regreso a los 200 sobrevivientes, pero en el trayecto se desató una epidemia de viruela y sólo 15 pudieron regresar a la isla.

Eso terminó de oscurecer la cultura local y su pasado, pero no sirvió de nada: el capitán del barco en el que venían los religiosos los corrió a balazos cuando decidió apoderarse del lugar. Gobernó violentamente con el título de rey



hasta que algunos de los indignados rapanúis lo asesinaron en 1877.

La anexión de Chile

Entre 1879 y 1884, Chile ganó la Guerra del Pacífico contra Bolivia y Perú, a los que arrebató territorios. En plena fase expansionista y dueño de seis mil kilómetros de costas, miró hacia el gran mar: Rapa Nui estaba momentáneamente libre y tenía una ubicación estratégica ideal para un puesto naval de avanzada. Con el pretexto de proteger a los nativos de nuevos males, la anexó en 1888.

La transformaron en un rancho de ovejas, propiedad de un escocés que confiscó el ganado de los rapanúis, les quitó sus tierras, los obligó a construir una alambrada alrededor del pueblo de Hanga Roa y a quedarse encerrados ahí.

El hambre, la lepra y otras enfermedades llevaron a la gente a tal desesperación que llegaron

a solicitar al gobierno que los dejara emigrar a Tahití. La respuesta vino en 1953, cuando se negó la renovación del contrato de la compañía ovejera y la Armada ocupó la isla. Pero eso no trajo cambios y los alambres siguieron marcando los límites del ya estrecho mundo rapanúí, cuya lengua, además, estaba prohibida. Entre 1944 y 1958, 41 isleños consiguieron escapar en botes: sólo la mitad llegó hasta el archipiélago de las Tuamotu, la otra desapareció en las aguas.

Una revuelta, en 1966, forzó el traslado de la isla del control militar al civil. Además, gracias a unas expediciones arqueológicas noruegas, Chile comprendió que había oportunidades de explotación comercial. Se estableció el primer vuelo regular Santiago-Isla de Pascua-Tahití. Turistas e investigadores empezaron a llegar y surgieron restaurantes y "residenciales" (posadas) para atender la demanda.

Esta piedra magnética es llamada "Te Pito" o "Te Henua", el ombligo del mundo.

El ser sustentable

Un paseo por Hanga Roa da pocos indicios de la situación deprimente que prevaleció hasta hace sólo cuatro décadas. No es un pueblo ejemplo del despegue económico chileno, pero es limpio y las casas son decentes.

Las normas introducidas en 1966 establecieron que los habitantes, unos 3.800, no deben pagar impuestos: esto los beneficia a nivel individual, pero también significa que la administración local no puede recaudar dinero y depende en 99 por ciento del subsidio que le asigna el gobierno central, cercano a los 10 millones de dólares anuales.

El gobierno socialista de Chile ha mostrado disposición a escuchar a los rapanúis y a negociar su estatus



En el mismo periodo, unos 40 mil turistas, que son la única fuente de ingresos, dejan unos 6 millones de dólares, pero el grueso de esa cantidad se lo lleva LAN Chile, “una línea aérea que no pertenece a la Isla de Pascua”, como la describe el alcalde, Petero Edmunds.

Gracias al turismo, los isleños se emplean en hostelería y restauración, fabricación y venta de artesanías, servicios de deportes y recreación, y en espectáculos artísticos. Eso no satisface a algunos: “Los moai, hare moa, mana vai, petroglifos y ahu son tan míos como de cualquier rapanúí, pero a mí nadie me ha pagado un peso por derechos de imagen cada vez que publican fotos ni me han pagado mi parte cada vez que llevan a los visitantes a verlos”, denuncia el músico independentista Herehara, quien se presenta como “rapanúí radical”.

“Perdón, pero quiero mi porción del pastel y que lo repartan a todos los rapanúis, es un deber

y un derecho”. Su incomodidad también se debe a la forma en que es administrada la isla: carece totalmente de autonomía pues depende de la región de Valparaíso, una ciudad en el continente, a cuatro mil kilómetros de distancia, desde donde se designa por dedazo al gobernador. El alcalde de Hanga Roa es la única autoridad electa por los habitantes.

Otra preocupación de muchos rapanúis es que cientos de foráneos han llegado a avocarse: en opinión de Eryte Teave, “se debe limitar el acceso de continentales a la isla, se han instalado 1.500 chilenos aquí y nosotros somos sólo 2.000”.

Teave, quien demanda que se impida el asentamiento de más foráneos y se haga retornar a los que ya viven aquí, ha representado al Parlamento Rapa Nui en negociaciones con miembros del Congreso chileno, de quienes dice que comprenden y comparten los problemas pero “no los saben solu-

cionar con su Constitución, ¿cómo limitar la circulación de ciudadanos constitucionalmente? La única alternativa es la independencia”.

Entre la espada y la pared

Sin embargo, la historia que explica el desapego hacia Chile y los latinoamericanos revela también que Rapa Nui es insostenible sin apoyo exterior. En 1722, el almirante holandés Jacob Roggeveen, primer europeo que llegó a la isla (y de hecho, primer extraño en hacerlo desde la llegada de las primeras canoas, en el siglo IX; está tan aislada que su otro nombre antiguo es Te Pito o Te Henua, “el ombligo del mundo”, porque los nativos pensaban que era la única tierra emergida en el gran océano y que, por lo tanto, ellos eran los habitantes solitarios del universo), ya describió una población disminuida por la guerra y el hambre, tras siglo y medio de combates entre los distintos clanes.

Hoy, impresiona la escasez de vegetación: en otros tiempos, cuando los habitantes pueden haber llegado a sumar 15 mil o 20 mil (en sólo 117 kilómetros cuadrados), depredaron los recursos agrícolas, animales y acuíferos hasta que la competencia por aprovechar lo que quedaba condujo a una serie de guerras sangrientas, al canibalismo y, de paso, al derribo de los moai. Los agresores externos los hallaron debilitados y divididos.

El otro lado de la moneda son los beneficios que recibe Rapa Nui por su pertenencia a Chile. La libertad de movimientos permite que los vuelos lleguen llenos de turistas y que las mercancías del exterior (la producción local es virtualmente nula) entren libres de trámites e impuestos. La isla no gasta en defensa ni otros servicios provistos por el Estado. Los habitantes reciben servicios médicos gratuitos en el continente y muchos jóvenes viajan allá a estudiar con becas preferenciales que no están abiertas para los demás chilenos.

La queja de que los continentales que llegan a vivir aquí (que por ley no pueden comprar tierras, ése es un privilegio exclusivo de los nativos) son demasiados en comparación con los rapanúis no toma en cuenta que el flujo es bidireccional y muchos isleños se han reasentado en Chile y se benefician de las oportunidades que les brinda tener la nacionalidad de ese país.

De hecho, la “colonización” no sería vista como un problema tan grave si esos emigrantes se hubieran quedado, pues ya viven más rapanúis fuera de la isla (2.378) que en ella (2.269), según el censo de 2002.

Por otro lado, aún si los servicios de LAN Chile fueran prestados por una línea aérea isleña y si todas las ganancias generadas por el turismo se quedaran aquí, esto representa sólo una fracción (a la que habría que descontarle todo tipo de gastos) del subsidio que otorga el gobierno: Rapa Nui está muy lejos de ser autosuficiente.

Otro peligro evidente es que los rapanúis se conviertan en un pueblo xenófobo y autista, algo que se siente cuando algunos de ellos se expresan con desdén de los chilenos y en general de lo que no es rapanúí.

Patrimonio de la Humanidad

Doña Teresa Araki vivió la época en que la gente estaba recluida en Hanga Roa. También es una activista, pero no radical: “La independencia me da miedo. Hace demasiados años que no nos gobernamos y no tenemos personas preparadas para hacerlo. Podríamos caer en la ruina. En la isla no se produce nada”.

El alcalde Edmunds coincide en descalificar la propuesta, que es “una idea bastante descabellada, porque no hay una isla en el mundo que soporte la independencia total. Menos una isla donde el único recurso es el turismo, un turismo muy restringido, por su tamaño, por su estructura y su dependencia”. El gobierno socialista de Chile ha mostrado disposición a escuchar a los rapanúis y a negociar modificaciones al estatus de la isla. Pese a ello, es del todo improbable que acepte discutir la secesión. Edmunds pide autonomía o lo que llama “gobierno vinculado”, mediante el cual se manejen localmente todos los asuntos, excepto relaciones exteriores, defensa y justicia.

Que los nativos puedan convivir bien con los chilenos, que lo polinesio no sufra más por lo latino. Como dijo doña Teresa Araki: “Me gustaría que mis descendientes no conozcan alambradas, que vivan alegres, sin corrupción y con justicia. La nueva colonización viene disfrazada de globalización y nos tenemos que preparar para resistir. Somos un pueblo pequeño y debemos enseñar a nuestros hijos a desarrollarse con prudencia, pero para ellos debemos dotarlos de los instrumentos necesarios”.



FOTO: AFP